

MEDITA CONMIGO

**Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron; Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día. (Jud 5-6)**

No hay ninguna duda de que el énfasis en la doctrina apostólica y profética redundaba siempre en llamar a los hombres a poner su confianza en el Señor, es decir, a creer que Dios es Dios (Is 45:21; Heb 11:6). En este caso, Judas les trae a la memoria a los creyentes el ejemplo de incredulidad manifiesta en el pueblo sacado de Egipto, refiriéndose en particular al juicio de destrucción sobre los incrédulos; esto nos llama a entender que Dios remite la conducta pecaminosa del hombre (2 Sam 12:13), pero nunca la incredulidad (Hech 10:43; 1 P 2:6; Jn 3:18), lo cual fue muy claramente afirmado por el Señor Jesús diciendo: *pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios*; lo cual es equivalente a la blasfemia contra el Espíritu, dicho de otro modo: Atribuir la obra de Dios a todo menos a Dios, que es lo mismo que decir al Espíritu.

El Señor les otorgó la dignidad de ser llamados el pueblo de Dios, dignidad que los identificaba con la misma dignidad de su creador, en la cual no había otro modo de permanecer sino por la fe; ni más ni menos, Dios fue objeto de su menosprecio; actitud no nueva en el ser humano, puesto que existía y existe como una infección heredada, la cual tuvo su origen en el huerto del Edén, transmitida por el espíritu enemigo de Dios, por no decir los espíritus enemigos: Satanás, la serpiente antigua, y sus huestes, a las cuales Judas se refiere diciendo: *y a los ángeles que no guardaron su dignidad*.

Es necesario que establezcamos correctamente el concepto de la palabra *dignidad* desde la perspectiva bíblica, porque ésta es ni más ni menos que el mayor tesoro que Dios otorga a su creación, de la cual el hombre es la corona; humanamente la hemos reducido al concepto de la valía moral, del amor propio, o de la ostentación de títulos honoríficos o de puestos de poder; la dignidad dada por Dios es infinitamente más que eso, es su mismo nombre y personalidad puestos sobre el hombre, de tal modo que fue creado a su imagen y semejanza, por tal razón somos llamados hijos de Dios, de donde se desprende que no hay algo de más valía que esta dignidad; nuestros primeros padres la desecharon al darle más credibilidad al enemigo de Dios, es decir, lo que era de Dios se lo dieron al enemigo, al padre de mentira; obviamente Dios sabía que fueron engañados, por esto es que inmediatamente les mostró el camino de retorno a esta dignidad perdida: *ejercer nuevamente fe en su Creador*. Adán se convierte así en el primer profeta de Dios para llamar a su descendencia a poner su confianza en Dios; el gran misterio que no entenderemos sino sólo hasta que venga lo perfecto es por qué no todos los hombres quieren creer; ¿Por qué un Caín? y ¿Por qué un Abel?.

Hace unos días vi a un indigente muy sucio arrastrando su también sucia cobija, y pensé: Cómo este hombre ha llegado a tal carencia de dignidad que lo muestra aún al arrastrar su cobija; inmediatamente el Espíritu me habló diciendo: Fernando, los hombres arrastran su dignidad de muy diferentes modos, unos de manera visible, y otros ocultos detrás de sus propios valores creados (religiosos, humanistas, intelectuales), pero en todos el origen es el mismo: Han menospreciado mi dignidad a causa de su incredulidad, dicen creer en mí, pero su fe está sólo en sus labios (Is 29:13); me he manifestado a ellos de modos prodigiosos, les he hablado muchas veces y de muchas maneras, y la más sublime es la de tomar forma de hombre (Fil 2: 7-8) ofreciendo mi sangre para pagar su deuda de pecado a causa de su incredulidad heredada, y resucitando de entre los muertos como prueba indubitable de que YO SOY (Ex 3:14), y es doloroso que haciendo su salvación tan fácil no la quieran aceptar, porque no quieren creer que YO SOY quien les ama con amor eterno (Jer 31:3), y que quiero llamarles hijos míos (1 Jn 3:1).

Ahora bien, si decimos que ya hemos creído la pregunta es: ¿Estamos viviendo a la altura de su dignidad? Y la verdad no me estoy refiriendo a conducta o costumbres, no, sino a que si estamos día con día permaneciendo en creer que él ha hecho nacer dentro de nosotros un hombre nuevo (1 P 1:3), el cual se muestra delante del mundo no por nuestro poder, sino por el de Dios, cuya consigna es alumbrar a los que están buscando el camino a Dios (Mt 5:14), de tal modo que no vean en nosotros a proselitistas religiosos, sino a hombres comunes y corrientes que saben hacerse a los demás con comprensión y amor (1 Cor 9:22), con tal de que oigan el llamado de Dios en sus corazones.

Que mi Señor despierte nuestra sensibilidad, si se ha quedado dormida.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava